

pobrecitas! A no ser por el hermanito que pudo sostener un pequeño comercio de comestibles ordinarios con los soldados de los retenes, se hubieran muerto de hambre. Solamente en los últimos días ya no tenían nada que vender, y estuvo toda la familia al borde del sepulcro.

Pero ahora qué gusto tenían ellas viendo á sus queridos oficiales.

Llegó por fin la hora que tanto anhelaban Adrián y sus compañeros. Se supo que el Presidente y sus ministros habían llegado á Chapultepec el 12 y que entrarían á la Capital el día 15.

Temprano tomaron lugar Adrián y los suyos en la glorieta donde está el *Caballito*, que fué donde se elevó el altar de la patria. Al llegar á ese sitio el Presidente, seguido de sus ministros y de su numeroso acompañamiento, Adrián, con voz de trueno, gritó:

—¡Viva el Presidente Juárez!

La multitud contestó:

—¡Viva!

—¡Viva la República Mexicana! volvió á gritar Adrián.

Los suyos y todos los que estaban allí contestaron:

—¡Viva!

Juárez le dirigió un saludo afectuoso con la mano, reconociéndolo, y Julio Robles, que estaba al frente con su batallón, también saludó con la espada.



CAPITULO LXIII.

Juárez en el poder.

ERA el día del cumpleaños de Refugio, la esposa del comerciante don Alejo Rincón, la que no obstante haber llegado á los cuarenta y un años se conservaba fresca y hermosa, debido á su caracter tranquilo y resignado, pues poco la alteraban los reveses así como no se entregaba á los grandes entusiasmos en las prosperidades, viéndose alternarse con mucha calma los días buenos y los días malos en el curso de su poco accidentada existencia.

En esta vez, sin embargo, se había prendido sus bonitos alfileres desde temprano, con el fin de que al entrar á saludarla su marido antes de irse al almacén, la encontrara *comme il faut*.

En efecto, don Alejo se presentó á eso de las ocho de la mañana á las puertas de la recámara de la señora, llevando un estuche en las manos.

—¿Se puede entrar? la preguntó.

—Ya lo creo que sí puedes entrar. Tú no necesitas preguntarlo.

—Ya lo sé, querida mía, gracias. Primeramente dame un abrazo y luego recibirás este pequeño obsequio de tu maridito que te quiere mucho.

—¡Tómalo! exclamó ella, y no uno sino tres abrazos seguidos dió á don Alejo manifestándose muy enternecida.

La *cuelga* consistía en un bonito aderezo de brillantes de un valor como de mil quinientos pesos.

Ella lo alabó mucho, puso la cajita en el tocador, dió otro abrazo á su marido y le dijo:

—¿Quieres sentarte un momento?

—Apenas tengo tiempo, porque deseo volverme del almacén antes de las doce para atender debidamente á tus visitas.

—No tendremos, repuso ella, más que á las personas de la familia.

—¿Y entre ellas el padrecito Ojeda?

—Sí, ya sabes que ha resultado también mi pariente.

—Lo siento por Domingo, á quien no le gustan mucho los padres.

—Domingo ha venido transformado. Si antes era circunspecto, ahora después de sus aventuras parece que está decepcionado.

—En fin, vuelvo pronto, querida.

Alejo dió un beso á su mujer y se fué, mientras ella se quedó contemplando sus joyas y en seguida ocupándose en las cosas de la casa.

A la hora reglamentaria llegaron todos nuestros vie-

jos conocidos, con más el padrecito Ojeda, hombre de unos cuarenta años, con buen traje todo negro, pero de paisano, en acatamiento de las leyes de Reforma, pareciendo á primera vista más bien un lechuguino que un sacerdote, como muchos otros padres que aceptaron con inmenso placer el cambio de vestimenta y hasta de costumbres, haciéndose muchos de ellos personajes á la moda.

Alejo llegó un poco después, disculpándose con sus ocupaciones en el almacén: dió á todos la mano con la mayor franqueza; hizo que su mujer le enseñara las *cuelgas* que había recibido; vino el mozo con la licorera, tomaron los que quisieron su copa con toda libertad y en seguida se corrió la palabra para pasar al comedor, que estaba vestido de gala con muchas flores.

Los que habían sido imperialistas se manifestaron un poco *descolados* todavía; así es que Néstor y Amparo no alzaban mucho la *gola* como antes, ni menos habiendo recibido picones de los parientes que estaban en buena posición; pero se conocía bien que hacían esfuerzos para aparentar no resignación, sino tranquilidad, confiando siempre en que vendrían tiempos mejores.

El que parecía algo taciturno era Benavides, y como aquella era la primera vez que volvían á verse todos reunidos desde hacía tres ó cuatro años, Alejo se esforzaba en que todos estuvieran contentos, y desaparecieran, si acaso los había, los males de tristeza, una vez que él también hacía lo posible por estar alegre, aunque más lo hubiera estado si Dios le hubiera mandado un hijo, un hijo varón, que había sido durante veinte años su sueño de todas las noches.

Después de las conversaciones fútiles que ocuparon la primera parte de la comida, cuando ya se habían apurado

buenos vasos de Chateau Laffitte, el padre Ojeda fué el primero que quiso animar la conversación dirigiéndose á Domingo:

—Y usted, licenciado, ¿hizo una buena campaña?

—Sí, salí de México con el ánimo de refugiarme en cualquiera parte, tal vez en el extranjero, contestó Benavides con desgano; pero en el camino cambié de parecer y me uní á unas fuerzas republicanas, en las que tuve á veces carácter militar y otras fui secretario de los jefes. Yo nunca he sido político ni militar; pero las persecuciones me obligaron á huir, y con dolor de mi corazón y contra el parecer de mi familia abandoné á Refugio, que no tuvo más consuelo en todo el tiempo de mi ausencia que el muy grande de su hijo y de sus padres que le endulzaron las horas de angustia cuando le contaban las gentes ó creía ella que estaba yo corriendo grandes peligros.

—¿De modo que sufrió usted persecuciones durante el imperio?

—Sí, señor: fué mi nombre puesto en la lista de sospechosos de rebeldía, hasta llegó á suponerse que era yo autor de artículos contra el gobierno que aparecieron en la *Sombra*, supe á tiempo que iba á ser encarcelado y todos los de la familia convenimos en que lo más acertado era escapar el bulto. Me uní, como dije, á los liberales, me tocó hacer una buena parte de la campaña en Michoacán y me encontré á las órdenes del general Régules en el sitio de Querétaro.

—¡Ah! muy bien, muy bien. ¿De suerte que usted presencié la caída de Maximiliano?

—Fui testigo ocular, como quien dice, de las agonías y muerte de aquel sueño de imperio.

—¿De manera que ahora ya estará usted muy contento?

—Estoy tranquilo, pero no contento, porque no veo que la paz esté consolidada.

—¡Ave María Purísima! Pues no se puede pedir más para un partido militante, que su triunfo completo por medio de las armas.

—Voy á decir á ustedes con entera franqueza cuál es mi pensamiento. Yo creo que este es el momento oportuno en que el señor don Benito Juárez debiera desaparecer de la escena política, dejando la dirección á otros hombres de mayor tino administrativo. Juárez ha sido el denodado campeón de la Reforma y la Independencia, mejor dicho, el baluarte de granito en que no pudieron menos de estrellarse los ejércitos y las energías de los enemigos de la patria; Juárez ha representado el valor heroico, la resistencia indomable, la tenacidad ciega, cualidades que en la lucha cuando se cuenta con la opinión pública, siempre acaban por conquistar el triunfo más tarde ó más temprano; pero el hombre que sirvió tanto para llevar empuñada la bandera de la defensa nacional, no puede ser ya á propósito para entrar en lucha con sus mismos amigos, y volverá, como en su primer gobierno, á ser la víctima de las intrigas de gabinete y á dar uno tras otro pasos desacertados, ó porque no tiene habilidad para conservar el equilibrio, ó porque fía demasiado en sus fuerzas y en el prestigio de los que lo rodean, el caso es que está haciendo á millares los descontentos y sembrando él mismo, sin quererlo, la semilla de la discordia.

Como todos guardaran silencio, Alejo se apresuró á decirle:

—Bueno, pero explícate con más claridad

—Vamos á los hechos. Después de los triunfos alcanzados en Querétaro y en esta Capital, quedó en pié un ejército de unos sesenta mil hombres que el gobierno no podía mantener, ni menos estando, como lo están, agotadas todas las fuentes de la riqueza pública. No pudiéndose seguir sosteniendo un ejército tan numeroso que apenas había podido vivir en tiempo de guerra sobre el país, por fuerza tenía que disolverse ó reducirse, y así se hizo, por bandadas se mandó volver á miles de hombres, con todo y sus jefes, á sus hogares, sin siquiera pagarles una parte mezquina de los sueldos que se les quedaron adeudando: ¿creen ustedes que todos esos hombres, muchos de los que son militares de profesión, sólo expusieron su vida en todos los momentos de la campaña para que á la postre no se les dieran ni siquiera las gracias? ¿Creen ustedes que generales tan ameritados como Porfirio Díaz, y tantos otros del Norte y de Occidente, han quedado satisfechos con que se les despache á sus casas á tomar descanso de las fatigas? Se dirá que pelearon por patriotismo los unos, y los otros por conquistarse una poca de gloria. Eso se dice por dignidad, pero en el fondo siempre queda un germen de disgusto que tiene que venir á causar nuevas revoluciones, máxime cuando á éstas se les da una bandera, como ha sucedido con la Convocatoria para las elecciones generales que se atribuye al señor Lerdo de Tejada, y conforme á la qué se trata de armar al gobierno del voto contra las disposiciones legislativas, y de dar voto activo y pasivo á los clérigos en el momento precisamente en que más se ha cacareado que á ellos se debió la guerra de tres años, que ellos trajeron la intervención extranjera y que han sido, y siguen siendo los

irreconciliables enemigos de la República. Perdone usted, padre, lo que digo, no tomándolo como una alusión á su caracter sacerdotal, pues demasiado sé que es usted un hombre ilustrado, que no ha llegado á mezclarse en la política, y que si algunas opiniones tiene respecto de ésta, no son malsanas, ni obsecadas, ni extremistas.

—Puede usted hablar con franqueza, licenciado, se apresuró á contestar el padre Ojeda. Cualesquiera que sean mis opiniones privadas, tengo la virtud, si se la puede llamar así, de ser tolerante.

—Lo mejor era que no hablaran de esas cosas, dijo Adela con una sonrisa deliciosa.

—Déjalos que hablen de lo que quieran, se apresuró á intervenir Refugio, ya sabes que los señores no están contentos si no echan su cuarto á espadas sobre política.

—Y sobre todo, agregó Alejo, que esa es la comidilla del día. Por ejemplo, en el comercio donde empezaba á reinar la tranquilidad, ahora que han visto que los periódicos de la oposición se comen á Juárez, comienzan á temer que haya nuevos trastornos.

—¿Y no son de opinión los comerciantes de que Juárez está en el caso de dejar el poder á Porfirio Díaz ó á Riva Palacio?

—Sí, y aun algunos indican la conveniencia de que fuera Presidente Escobedo y aun Corona, porque consideran que se necesita una mano más firme que la de un civil en la administración.

—¡Cosa rara por cierto! siguió diciendo Benavides. Don Benito tan enérgico, tan tenaz, tan incommovible, tan fuerte, tan sufrido, tan acertado en sus disposiciones en la campaña á la hora de los grandes peligros, ahora presen-

ta todas las apariencias de ser un hombre débil, apocado, flexible, que manejan como un pedazo de cera sus ministros. . . .

—¿Cuáles ministros? preguntó el clérigo distraidamente.

—Don Ignacio Mejía que es excesivamente sanguinario, y que todas cuantas pequeñas borrascas se levantan en el país, quiere concluiras á fuego y sangre, exasperando á las gentes hasta lo indecible; pero más que él don Sebastián Lerdo de Tejada, que es quien domina la situación, y que, muy pagado de sí mismo, hace de sus caprichos leyes, é impone sus menores deseos como necesidades que deben aceptarse sin la menor vacilación. Ha formado una camarilla de siervos entre todos los hombres que tienen ascendiente en la política, sean magistrados, legisladores ó militares, y con ella gobierna á su sabor, sin importarle un comino que el descontento cunda por todas partes y que se formen horizontes preñados de nubes que amenazan hacer que se desaten recias tempestades.

—Pues era lo que querían ustedes, ya lo tienen, murmuró Néstor.

—Yo no quería, ni podía querer nada más que mi tranquilidad, se apresuró á contestar Benavides, no la tuve, fui perseguido y apelé á la fuga como una defensa natural. No tuve aquí garantías con el imperio y fui á buscarlas en el campo de los liberales que me las proporcionaron con toda amplitud. En el mismo caso se encontraron otros muchos que salieron huyendo de las poblaciones por horror á las cortes marciales. Pero al ir al campo liberal, no fui á defender á Juárez ni á ningún hombre en particular, sino á las instituciones y á la patria. A Juárez lo reverenciábamos todos porque tenía empuñada la bandera

de la nacionalidad, lo mismo que hubiéramos reverenciado á Comonfort, por ejemplo, si él se hubiera encontrado al frente de la República defendiéndola de la invasión extranjera. Su firmeza y otras muchas circunstancias hicieron que aquel triunfara, y yo y todos los mexicanos, todos los buenos mexicanos se entiende, lo hemos aplaudido, lo hemos ensalzado, lo hemos llenado de bendiciones; pero no por eso estamos ahora también obligados á seguir aplaudiendo sus yerros, precisamente para que su gloria, la inmensa gloria que conquistó en su lucha contra el imperio, no se empañe en lo más mínimo, porque queremos que su nombre pase á la historia limpio y sin mancha, porque como mexicanos amantes de nuestra patria, deseamos que ésta saque el provecho de su victoria engrandeciéndose, conquistando una paz duradera y proporcionando á todos sus hijos las ventajas de una positiva democracia y de una verdadera libertad.

—Dice bien Domingo, apoyó Alejo que era un buen padre político y que profesaba á su yerno profundo cariño y gran admiración, dice bien Domingo, como dicen bien todos los que tienen intereses que perder, que ésta era la oportunidad de que el gobierno, con una buena política que no fuera caprichosa y dominadora, estableciera la unión de todos los mexicanos y sobre ella cimentara las bases de la prosperidad.

—Pero es imposible que los gobiernos contenten á todos, dijo el sacerdote, es imposible que deje de haber partidos y que éstos no se encuentren en lucha abierta en una República como esta. Aquí todos los gobiernos han tenido opositores y estamos acostumbrados á vivir en el seno de la revolución.

—Probablemente no me he explicado con claridad,

contestó Benavides. Lo que yo digo, y conmigo los hombres de sana intención, es que el gobierno sigue una senda contraria á la que debía seguir, cuando ha tenido y tiene los mejores elementos en que apoyarse para establecer de una vez una Republica honrada y popular. Sería muy difuso si me pusiera á citar todas las inmoralidades, todas las intrigas de mala ley, todos los despilfarros, todos los actos atentatorios y de crueldad de que se acusa á los hombres del poder con mucho fundamento. No queremos que el gobierno se componga de ángeles ni que contente á todos, sino que no descontente á muchos adrede, no queremos, en suma, que esté dando pretextos y más pretextos para que volvamos á las asonadas. En esa virtud, creemos que es un crimen político que después de tantos sacrificios que ha hecho el país para conquistar su independencía, hoy no se le quiera dejar ni siquiera un átomo de libertad; sí, señores, es un crimen de alta traición matar en sus gérmenes á la democracia, porque esos atentados de corrupción y de violencia que se cometen en las urnas electorales, por ejemplo, serán un precedente fatal para el porvenir, porque desde ahora para lo sucesivo, tendremos aprendido á escarnecer el voto público y llegaremos á la decadencia antes de haber nacido á la vida republicana. Los hechos consumados y el principio de autoridad serán las palabras que sirvan para cubrir todas las infamias, se creará la indiferencia por las instituciones y ya no volveremos á tener en este país Presidentes, sino dictadores.

Casi todos los comensales estuvieron al último de acuerdo con el abogado, porque en aquel tiempo no había quien no leyera los periódicos de oposición.



CAPITULO LXIV.

Los comentarios.

Por última vez también van á acompañarnos los complacientes lectores al pueblecillo de Santa Ana Acatlán, en donde se encontraban reunidas todas las personas principales del lugar que habían salido á recibir al comandante Adrián Canales, quien regresaba de su expedición á México acompañado de sus fieles guerrilleros que también se daban sus humos de vencedores.

Una vez que se habían abrazado todos á una media legua de distancia á donde habían ido los hombres escoltando á la hermosa Refugio, pues las señoras y señoritas se habían quedado esperando en el portal á los viajeros, se encaminaron juntos á la casa de Adrián, que era ahora la principal del pueblo y que se encontraba adornada con arcos de flores y banderas. Allí la recepción fué más ruidosa, porque se encontraba casi todo el